

sonas creyeron verle al principio dominado por una grande y profunda ambición; pero los que pretendían conocerle mejor habían acabado por destruir esta opinión, juzgándole atontado por el despotismo de la señorita Gamard ó fatigado por excesivos apuros. Aquel hombre hablaba poco y no se reía nunca, y cuando experimentaba alguna sensación agradable, la sonrisita que se le escapaba perdíase en las profundas arrugas de su rostro.

Al contrario que él, Birotteau era todo expresión, toda franqueza, gustaba de las buenas tajadas, y se divertía con cualquier cosa con la sencillez de un hombre sin hiel ni malicia. La primera vez, el abate Troubert inspiraba á los que le veían un sentimiento de terror involuntario, mientras que Birotteau arrancaba una agradable sonrisa. Cuando, á través de las columnas y de las naves de Saint-Gatien, marchaba el gigantesco canónigo con paso solemne, la cabeza inclinada y la mirada severa, inspiraba respeto; su figura encorvada estaba en armonía con los amarillentos arcos de las bóvedas de la catedral, y los pliegues de su sotana tenían algo de monumental, digno del estatuario. Pero el buen vicario corría por allí sin gravedad, trotaba, marchaba con paso menudito y corto pareciendo rodar sobre sí mismo. Sin embargo, aquellos dos hombres tenían una semejanza: así como el aire ambicioso de Troubert, haciéndole temible, había contribuido, sin duda, á condenarle al insignificante papel de sencillo canónigo, el carácter y modo de ser de Birotteau parecía sujetarle eternamente al vicariato de la catedral. No obstante, el abate Troubert, que frisaba ya en los cincuenta años, había hecho desaparecer con su conducta, con su aparente ausencia total de ambición y con su vida santa los temores que habían inspirado á sus superiores su sospechosa capacidad y su terrible exterior. Esto, por una parte, y por otra la circunstancia de haberse alterado su salud de algún tiempo á esta parte, hacía probable su próximo ascenso á vicario general de la diócesis. Sus propios competidores deseaban su nombramiento, á fin de poder preparar mejor el suyo durante el poco tiempo de vida que le echa-

an á causa de su enfermedad crónica. Lejos de ofrecer las mismas esperanzas, la triple barba del abate Birotteau ofrecía á los competidores que le disputaban la canonía los síntomas de una salud floreciente, y su gota les parecía, como suele decirse, un seguro de larga vida. El abate Chapeloud, hombre de gran talento y cuya amabilidad le había captado las simpatías de gentes de valía y de los diferentes jefes de la metrópoli, se había opuesto siempre, aunque en secreto, al ascenso del abate Troubert, y hasta había cerrado cautelosamente las puertas de los salones donde se reunía la mejor sociedad de Tours, sin embargo que Troubert le hubiese tratado durante su vida con gran respeto, guardándole en toda ocasión las mayores deferencias. Mas esta constante sumisión no había bastado para cambiar la opinión del difunto canónigo, el cual, durante su último paseo, le había dicho una vez más á Birotteau:

—¡Desconfíe usted de ese seco y alto Troubert! Es un obispo VI reducido á las proporciones del obispado.

Tal era el amigo y el comensal de la señorita Gamard, que se presentaba á visitar y á dar pruebas de amistad al abate Birotteau á la mañana siguiente del día en que la reina de Francia le había declarado la guerra.

—Hay que excusar á Mariana—dijo el canónigo al verla entrar.—Me parece que ha empezado por ir á mi cuarto, que es, por cierto, muy húmedo. Esta noche he cometido una barbaridad. Usted está aquí admirablemente tranquilo, añadió admirando las cortinas.

—¡Oh! estoy aquí como si fuese un canónigo—respondió Birotteau sonriéndose.

—Y yo como un vicario—replicó el humilde sacerdote.

—Sí, pero usted no tardará en ocupar el palacio del obispado—dijo el buen sacerdote que deseaba que todo el mundo fuese feliz.

—Sí, ó el cementerio. Pero ¡cúmplase la voluntad de Dios!—dijo Troubert levantando los ojos al cielo con resignación.—Venía—añadió—á rogarle que me prestase

CAPITULO XXXII

el *consultor* de los obispos, pues usted es el único en Tours que posee esta obra.

—Tómelo usted de mi biblioteca—respondió Birotteau, al que la última frase del canónigo hizo recordar todos los goces de su vida.

El gran canónigo pasó á la biblioteca y permaneció allí todo el tiempo que el vicario empleó en vestirse. A poco se oyó la campana anunciando el almuerzo, y el gotoso, creyendo que sin la visita de Troubert no hubiera tenido fuego para levantarse, se dijo:

—¡Es un buen hombre!

Los dos sacerdotes bajaron juntos, armados ambos de sendos tomos que colocaron sobre una de las consolas del comedor.

—¿Qué es esto?—preguntó con voz agria la señorita Gamard dirigiéndose á Birotteau.—Supongo que no irá á llenarme ahora el comedor con sus librotos.

—Son libros que necesito y que el señor vicario ha tenido la amabilidad de prestarme—respondió el cura Troubert.

—Hubiera debido adivinarlo—dijo la solterona con desdeñosa sonrisa,—porque el señor Birotteau no acostumbra á leer esos libros.

—Y ¿cómo ha descansado usted, señorita?—le preguntó el cura Birotteau con voz melosa.

—No muy bien—respondió la Gamard con sequedad.—Usted fué causa de que me despertase en el primer sueño, y en toda la noche no he podido dormir. Señores, que va á enfriarse la leche—añadió la señorita Gamard sentándose.

Estupefacto al verse tan agriamente acogido por su patrona, cuando esperaba recibir excusas; pero asustado, como hombre tímido, ante la perspectiva de una disputa, el pobre vicario se sentó y guardó silencio. Después, reconociendo en la cara de la señorita Gamard los síntomas de un mal humor aparente, Birotteau empezó á luchar con su razón, que le ordenaba que no sufriese aquellas faltas de consideración de su patrona, mientras que su carácter

inclinaba á evitar una disputa. Presa de esta angustia interior, Birotteau empezó á examinar seriamente las líneas verdes entrecruzadas pintadas sobre el tapete de hule que, según costumbre inmemorial, la señorita Gamard dejaba durante el almuerzo sobre la mesa, sin tener en cuenta los bordes usados y las numerosas cicatrices de aquella cubierta. Los dos pupilos estaban sentados en sendos sofás, uno enfrente de otro á ambos lados de la mesa, cuya cacerera estaba ocupada por la patrona, que la dominaba desde lo alto de su silla, provista de cojines y adosada á la estufa del comedor. Esta habitación y el salón estaban cubiertos en el piso bajo, debajo del cuarto y del salón del Sr. Birotteau. Cuando el vicario recibió su taza de café en las manos de la señorita Gamard, quedó helado de espanto al ver el profundo silencio en que tendría que llevar á cabo el acto de almorzar, que era para él generalmente muy alegre, y, no atreviéndose á mirar la cara árida de Troubert ni el rostro amenazador de la solterona, se volvió á hacer algo, hacia el gordo perrito que, acostado sobre un cojín cerca de la estufa, no se movía nunca, porque encontraba siempre á su izquierda un plato lleno de golosinas, y á su derecha un tazón con agua clara.

—¡Hola! hermoso mío, ¿esperas el café?—le dijo Birotteau.

Este personaje, que era uno de los más importantes de la casa, pero que molestaba poco, toda vez que no ladraba ni decía siempre la palabra á su ama, fijó en Birotteau sus ojos perdidos en los pliegues que la grasa formaba en su cara, y después los cerró socarronamente. Para comprender el sufrimiento del pobre vicario, es necesario decir que, dotado de una locuacidad huera y sonora, como el ruido de un globo, opinaba, sin haber podido nunca dar razón á ningún médico de su opinión, que las palabras favorecían la digestión. La señorita, que participaba de esta doctrina higiénica, no había dejado nunca de hablar durante el almuerzo, á pesar de su enfado; pero hacía ya varias mañanas que el vicario había aguzado en vano su inteligencia haciéndole preguntas insidiosas para desatarle

CAPILLA DE LA UNIV. DE
 BREVIA DE LA UNIV. DE
 BREVIA DE LA UNIV. DE

la lengua. Si los estrechos límites de esta historia permitieran relatar alguna de las conversaciones que excitaban casi siempre la amarga y sardónica sonrisa del cura Troubert, ofrecería una pintura acabada de la vida beocia de los provincianos. Algunas gentes de talento oírían indudablemente con placer los extraños desarrollos que el abate Birotteau y la señorita Gamard daban á sus opiniones sobre política, religión y literatura. Indudablemente que habría algo de cómico en la exposición, ora de las razones que tenían ambos para dudar seriamente en 1820 de la muerte de Napoleón, ora de las conjeturas que les hacían creer en la existencia de Luis XVII, salvado en el hueco de un gran leño. ¿Quién no se hubiera reído al oírles establecer con razones evidentemente suyas que el rey de Francia disponía de todos los impuestos, que las cámaras se habían reunido para destruir al clero, y que habían muerto más de cien mil personas en el patíbulo durante la Revolución? Después hablaban de la prensa sin conocer el número de periódicos que había y sin tener la menor idea de lo que era este instrumento moderno. Por último, el señor Birotteau escuchaba con atención á la señorita Gamard cuando ésta decía que un hombre alimentado con un huevo todas las mañanas tenía que morir infaliblemente al cabo de un año, como se había visto ya; que un panecillo mal cocido, comido sin beber durante algunos días, curaba la ciática; que todos los obreros que habían trabajado en el derribo de la abadía de San Martín habían muerto en el espacio de seis meses; que cierto prefecto había hecho cuanto había podido, bajo Bonaparte, para derribar la torre de Saint-Gatien, y otros mil cuentos absurdos por el estilo.

Pero en aquel momento, Birotteau sentía su lengua paralizada y se resignó á comer sin entablar conversación. Sin embargo, al poco rato juzgó peligroso para su estómago aquel silencio, y dijo atrevidamente:

—¡Vaya un café más rico!

Este acto de valor fué completamente inútil. Después de haber mirado al cielo por el pequeño espacio que deja-

ban libre los dos negros arbotantes de Saint-Gatien, el vicario tuvo valor para decir:

—Hoy hará mejor día que ayer.

Al oír este dicho, la señorita Gamard dirigió al abate Troubert una de sus más cariñosas miradas, y fijó después sus ojos llenos de terrible severidad en Birotteau, que afortunadamente había bajado los suyos.

Ninguna criatura del género femenino sería más apta que la señorita Sofia Gamard para servir de modelo á la naturaleza elegíaca de la solterona; pero para describir bien á un ser cuyo carácter comunica un inmenso interés los pequeños acontecimientos de este drama y á la vida interior de los personajes que figuran en él, hácese necesario aquí resumir las ideas de la solterona: la vida habitual forma el alma, y ésta forma la fisonomía. Si todo en la soledad y en el mundo debe tener una finalidad, hay aquí bajo indudablemente algunas existencias cuyo objeto y utilidad son inexplicables. La moral y la economía política rechazan igualmente al individuo que vive sin producir y que ocupa un lugar en la tierra sin hacer en torno suyo bien ni mal, pues el mal es, sin duda, un bien cuyos resultados no se manifiestan inmediatamente. Es raro que las solteronas no se hayan clasificado á sí propias en la clase de los seres improductivos. Si la conciencia del trabajo causa al ser que obra un sentimiento de satisfacción que le ayuda á soportar la vida, la certidumbre de ser una carga inútil debe producir un efecto contrario é inspirar al ser inerte el desprecio que inspira á los demás. Esta falta de reprobación social es una de las causas que contribuyen á comunicar á las almas de las solteronas, sin que ellas mismas lo sepan, la desazón que denotan sus caras. Esta preocupación, que sin duda tiene algo de cierta, hace que se mire con antipatía en todas partes, y en Francia más que en ninguna, á la mujer con la que nadie ha querido participar sus bienes y soportar los males de la vida. Ahora bien, llega para las solteras una edad en que el mundo, sin razón á sin ella, las condena al desprecio de que son víctimas. Si son feas, argúyese que la bondad de su carac-

ter debía disimular las imperfecciones de la naturaleza; si son guapas, su desgracia debe estar fundada en causas graves. Es imposible saber cuál de ellas es más digna de desprecio. Si su celibato ha sido razonado, si es un voto de independencia, ni los hombres ni las madres les perdonan el haber desmentido la abnegación de la mujer, evitando las pasiones que hacen á su sexo tan simpático. Renunciar á sus dolores es abdicar de la poesía de su sexo y no merecer ya los dulces consuelos á que una madre tiene siempre indisputables derechos. Por otra parte, los sentimientos generosos, las cualidades sublimes de la mujer, sólo se desarrollan mediante su constante ejercicio, y permaneciendo soltera, una criatura del sexo femenino es un contrasentido, es un ser egoísta y frío que causa horror. Esta sentencia implacable es, desgraciadamente, demasiado justa para que las solteras ignoren sus motivos, y estas ideas germinan en su corazón con tanta naturalidad como los efectos de su triste vida se reproducen en sus facciones. Así, pues, esos seres languidecen y se marchitan, porque la expansión constante ó la dicha que ilumina el rostro de las mujeres y que comunica tanta gracia á sus movimientos, no ha existido nunca en ellas. Además, se tornan desabridas y taciturnas, porque todo ser que no sigue su vocación es desgraciado, sufre, y el sufrimiento engendra la maldad. En efecto, antes de culparse á sí propia de su aislamiento, la solterona culpa durante mucho tiempo al mundo; y de la acusación al deseo de venganza no hay más que un paso. Finalmente, la antipatía que respiran sus personas es aun un resultado necesario de su vida, porque no habiendo sentido nunca la necesidad de agradar, la elegancia y el buen gusto les son ajenos. Ellas sólo se ven á sí mismas en sí, y este sentimiento las lleva insensiblemente á escoger las cosas que les son más cómodas, con detrimento de aquellas que pueden ser agradables al prójimo. Sin darse perfecta cuenta de su semejanza con las demás mujeres, acaban por verlo y lamentarlo. La envidia es un sentimiento indeleble en los corazones femeninos. Las solteras son, pues, envidiosas y no conocen más

que las desgracias de la única pasión que perdonan al bello sexo los hombres, porque les halaga. Torturadas de este modo en todos sus votos y obligadas á negarse á las expansiones de su naturaleza, las solteras tienen siempre un malestar interior al que casi nunca se acostumbran. No es duro á toda edad, sobre todo para una mujer, leer en todas las caras un sentimiento de repulsión, siendo destinado despertar en todos los corazones sensaciones agradables? He aquí por qué la mirada de una solterona es siempre oblicua, más bien que por modestia, por temor y vergüenza. Estos seres no perdonan á la sociedad su triste posición, porque no se la perdonan á sí mismos. Ahora bien, es imposible que una persona que está continuamente en guerra consigo misma ó en contradicción con la vida deje en paz á los otros y no les envíe su dicha. Este mundo de ideas tristes veíase constantemente en los ojos tristes y opacos de la señorita Gamard, y las anchas ojeras que los rodeaban denotaban los largos combates de su vida solitaria. Todas las arrugas de su cara eran rectas. La textura de su frente, de su cabeza y de sus mejillas tenía los caracteres de la rigidez y de la sequedad. Con la mayor indiferencia dejaba brotar los pelos que fueron neños de algunos lunares desparramados por su barba. Sus alargados labios cubrían apenas unos dientes demasiado grandes que no carecían de blancura. Era morena y sus cabellos negros habían encanecido á causa de espantosas quecas. Este accidente le obligaba á llevar una media blanca; pero como no sabía ponérsela de modo que disimulase el nacimiento, veíanse frecuentemente ligeros insectos entre los bordes de su capota y el cordón negro que sostenía aquel imperfecto artificio. Su traje, de tafetán en verano, y de merino en invierno, pero siempre de color armelita, se ajustaba demasiado á su desgarbado talle y á sus delgados brazos. Encorvada sin cesar, su gorguera dejaba ver un cuello cuya rojiza piel estaba tan artísticamente rayada como puede estarlo una hoja de encina vista trasluz. Por lo demás, su origen explicaba perfectamente sus desgracias de su conformación. Era hija de un comer-

ciante de maderas, especie de aldeano que logró medrar. A los diez y ocho años habría sido, sin duda, fresca y gorda; pero no le quedaba huella alguna de la blancura de su tez ni de los hermosos colores que aseguraba haber tenido. Los tonos de su cutis habían adquirido ese tinte descolorido, bastante común en las devotas. De todas las facciones de su rostro, la nariz era la que contribuía más á expresar el despotismo de sus ideas, así como la forma aplastada de su frente denotaba la mezquindad de su espíritu. Sus movimientos tenían una rapidez extravagante y desprovista de toda gracia, y nada más que viéndola sacarse el pañuelo de la faltriquera para sonarse con ruido hubieseis adivinado su carácter y sus costumbres. De estatura bastante elevada, la Gamard se mantenía siempre tiesa, y justificaba la observación de un naturalista que ha explicado físicamente el modo de andar de todas las solteras, pretendiendo que tienen soldadas todas sus junturas. Andaba sin que el movimiento se distribuyese por igual por toda su persona y sin producir esas ondulaciones tan graciosas y tan atractivas de las mujeres. Caminaba, por decirlo así, como si fuese de una pieza, y parecía surgir á cada paso como la estatua del comendador. En sus momentos de buen humor daba á entender, como hacen todas las solteras, que hubiera podido casarse; pero que, afortunadamente, se había apercibido á tiempo de la mala fe de su amante, y había preferido quedar soltera, á fin de no ser víctima de ningún hombre.

Esta figura típica del género *solterona* estaba perfectamente de acuerdo con la índole de su casa, cuyo comedor estaba tendido con un papel que representaba paisajes turcos. La señorita Gamard ocupaba habitualmente esta pieza, adornada de dos consolas y un barómetro. En el lugar ocupado por los dos curas se veían sendos cojines cuyos colores estaban ya pasados. El salón donde recibía era también digno de ella. Para formarse idea de él, bastará decir que lo llamaban el *salón amarillo*. Las cortinas y la alfombra eran amarillas, los muebles estaban también tapizados de amarillo, y sobre la chimenea, adornada de

un espejo con marco dorado, unos candelabros y un reloj de cristal despedían desagradables reflejos. Respecto á la habitación particular de la señorita Gamard, nadie tenía permiso para entrar en ella. Se podía únicamente conjeturar que estaba llena de esos trapos, de esos muebles desahogados y de esos andrajos de que se rodean todos los solterones, y que tanto estiman.

Tal era la persona destinada á ejercer una gran influencia en los últimos días del abate Birotteau.

Ávida de ejercer, siguiendo los impulsos de su naturaleza, la actividad que ésta da á la mujer, esta solterona la empleaba en las intrigas mezquinas, en los chismes y cuentos de la villa y en las combinaciones egoístas que acababan por ocupar exclusivamente á todas las solteras. Para desgracia suya, Birotteau había inspirado á Sofia Gamard el único sentimiento que pudo experimentar aquella criatura, el del odio, el cual, latente hasta entonces á causa de la calma y de la monotonía de una vida provinciana, debía adquirir tanta más intensidad cuanto que iba á ejercerse en pequeñeces y en una esfera poco elevada. Birotteau era uno de esos hombres que están predestinados á sufrirlo todo, porque, no sabiendo ver nada, no pueden evitar nada: todo les ocurre.

—Sí, hará buen día—respondió al cabo de un rato el monónigo, que pareció salir de su meditación y mostrarse á

Birotteau, asustado del tiempo que había transcurrido entre la pregunta y la respuesta, pues aquella era la primera vez en su vida que había dejado de hablar mientras tomaba café, dejó el comedor con el corazón oprimido por la congoja. Sintiendo que la taza de café le pesaba ya en el estómago, fué á pasearse tristemente por los estrechos caminitos bordeados de mirto que dibujaban una especie de estrella en el jardín. Pero al volverse después de haber dado la primera vuelta, vió en el umbral de la puerta del salón á la señorita Gamard y al abate Troubert sentados silenciosamente: él, con los brazos cruzados é inmóvil como la estatua de una tumba; ella, apoyada en

la puerta persiana. Ambos, mirándole, parecían contar el número de sus pasos. Nada es más molesto para una criatura tímida por naturaleza que verse objeto de un examen curioso; pero si éste es hecho con miradas de odio, la especie de sufrimiento que causa se cambia en intolerable martirio. Acto continuo, Birotteau se imaginó que impedía pasearse á la señorita Gamard y al canónigo, y esta idea, inspirada á la vez por el temor y por la bondad, tomó tales proporciones, que le hizo abandonar el jardín. Estaba tan preocupado con la desesperante tiranía de la solterona, que se alejó sin pensar ya en su canongía. Por casualidad y afortunadamente para él, tuvo mucho que hacer en Saint-Gatien, donde hubo varios entierros, un casamiento y dos bautizos, y pudo así olvidar sus desazones. Cuando su estómago le anunció la hora de comer, sacó su reloj no sin espanto al ver que eran las cuatro y algunos minutos, pues conocía la puntualidad de la señorita Gamard, y se encaminó á toda prisa á su casa.

Al llegar vió en la cocina que habían servido ya el primer plato. Después, cuando entró en el comedor, la solterona le dijo con un tono de voz que denotaba por igual la acritud de un reproche y el goce de coger en falta á su huésped:

—Son las cuatro y media, señor Birotteau, y ya sabe usted que no tenemos que esperarle.

El vicario miró el reloj del comedor, y la manera como estaba colocada la envoltura de gasa destinada á guardarle del polvo le probó que su patrona lo había adelantado. No había allí réplica posible. La expresión verbal de la sospecha concebida por el vicario hubiera causado la más terrible y mejor justificada de las explosiones elocuentes que la señorita Gamard sabría provocar en semejante caso, como todas las mujeres de su clase. Las mil y una contrariedades que una criada puede hacer sufrir á su amo, ó una mujer á su marido en las costumbres privadas de la vida, fueron adivinadas por la señorita Gamard, la cual abrumó con ellas á su huésped. La manera que empleaba en urdir conspiraciones contra la dicha doméstica del pobre sacer-

dote llevaba el sello del genio más profundamente maligno. La Gamard se las arreglaba para no tener nunca culpa.

Ocho días después del momento en que comienza este relato, la habitación de aquella casa y las relaciones que el cura Birotteau tenía con la señorita Gamard le revelaron una trama urdida hacía seis meses. Mientras que la solterona había ejercido sordamente su venganza, y el vicario había podido mantenerse voluntariamente en el error, negándose á creer en intenciones malévolas, el mal moral hizo pocos progresos en el vicario. Pero cuando la cuestión de la palmatoria vuelta á ser subida y del reloj adelantado, Birotteau no pudo ya dudar de que vivía bajo la influencia de un odio cuyos ojos estaban siempre abiertos para él, y entonces llegó muy pronto á la desesperación viendo á todas horas los ganchudos y aflados dedos de la señorita Gamard próximos á hundirse en su corazón. Satisfecha de alimentar un sentimiento tan fértil en emociones como es el de la venganza, la solterona se complacía en cernirse y pesar sobre el vicario, como se cierce y pesa una ave de presa sobre una rata campestre, antes de devorarla. Hacía ya tiempo que había concebido un plan que el sacerdote consternado no podía adivinar, y que ella no pudo en desarrollar, demostrando el genio que saben desarrollar, en las pequeñeces, las personas solitarias cuya alma, inhábil para sentir las grandezas de la piedad verdadera, se sume en las minucias de la devoción. Última, pero espantosa agravación de pena. La naturaleza de sus penas prohibía á Birotteau, hombre expansivo y amante de ser compadecido y consolado, la pequeña satisfacción de contarlas á sus amigos. El poco tacto, que debía á su vocamiento, le hacía temer aparecer ridículo ocupándose en semejantes tonterías. Y, sin embargo, aquellas tonterías imponían toda su existencia, su cara existencia, llena de ocupaciones en el vacío y de vacío en las ocupaciones; la fría y sombría en medio de la cual los sentimientos demasiado fuertes eran desgracias, y la ausencia de toda emoción era una felicidad. El paraíso del pobre sacerdote

se cambió, pues, de pronto en infierno, y últimamente sus sufrimientos llegaron á ser intolerables. El terror que le causaba la perspectiva de una explicación con la señorita Gamard creció de día en día, y la secreta desgracia que nublaba las horas de su vejez alteró su salud. Una mañana, al ponerse sus medias azules, reconoció una pérdida de ocho líneas en la circunferencia de su pantorrilla. Estupefacto ante aquel diagnóstico tan cruelmente irrecusable, Birotteau resolvió tentar fortuna con el abate Troubert, para que éste interviniese oficiosamente entre él y la señorita Gamard.

Al encontrarse en presencia del imponente canónigo, que, para recibirle en una habitación desnuda, abandonó inmediatamente un despacho lleno de papeles donde trabajaba sin cesar y donde no penetraba nadie, el vicario sintió casi vergüenza de hablar de las triquiñuelas de la señorita Gamard á un hombre que le parecía tan seriamente ocupado. Pero después de haber sufrido todas las angustias propias de esas deliberaciones internas que las gentes humildes, indecisas ó débiles, sienten aun en las cosas más insignificantes, se decidió, no sin sentir grandes latidos de corazón, á explicar su situación al abate Troubert. El canónigo le escuchó con aire grave y frío, procurando en vano suprimir ciertas sonrisas que á otros ojos más inteligentes le hubiesen revelado indudablemente la emoción de una alegría íntima. Cuando Birotteau le pintó con la elocuencia que dan los sentimientos verdaderos las constantes amarguras que soportaba, los ojos del canónigo brillaron vivamente; pero Troubert púsose inmediatamente la mano sobre la frente de la manera que suelen hacerlo los pensadores, y guardó la actitud digna que le era habitual. Cuando el vicario cesó de hablar, se hubiera visto muy apurado si hubiese querido buscar en la cara de Troubert, jaspeada á la sazón por tonos más amarillos, aún de lo que acostumbraba á estarlo su tez biliosa, las huellas de los sentimientos que debió haber despertado en aquel sacerdote misterioso. Después de haber permanecido silencioso un momento, el canónigo dió una de esas

respuestas cuyas palabras todas debían haber sido estudiadas durante mucho tiempo para medir exactamente su importancia, pero que, más tarde, probaban á las gentes reflexivas la asombrosa profundidad de su alma y la potencia de su tacto. Por último, abrumó á Birotteau diciéndole que: «aquellas cosas le asombraban tanto más, cuanto que él no se hubiera apercibido nunca de ellas sin la confesión de su hermano, y que atribuía aquella su falta de inteligencia á sus serias ocupaciones, á sus trabajos y á la constancia de ciertos pensamientos elevados que no le permitían fijarse en los detalles de la vida». Le hizo observar, además, fingiendo que no trataba de censurar la conducta de un hombre cuya edad y conocimientos merecían su respeto, «que antaño los solitarios, en el interior de las tebaidas, donde se entregaban á santas ocupaciones, apenas pensaban en su alimento y en su abrigo», y que, «en la actualidad, el sacerdote podía crearse con el pensamiento una tebaida en todas partes». Después, volviendo á Birotteau, añadió que «aquellas discusiones eran completamente nuevas para él; que en el espacio de doce años nada análogo había ocurrido entre la señorita Gamard y el venerable abate Chapeloud; que, por su parte, no tenía inconveniente en ser árbitro entre el vicario y su patrona, toda vez que su amistad con ella no pasaba los límites impuestos por las leyes de la Iglesia á sus fieles servidores; pero que la justicia exigía que oyese también á la señorita Gamard. Que él no encontraba nada nuevo en ella, que siempre la había visto de aquel modo, que se había sometido gustoso á alguno de sus caprichos, creyendo que aquella respetable señorita era la bondad y la dulzura personificadas, que era preciso atribuir los ligeros cambios de su carácter á los sufrimientos causados por un catarro pulmonar, del que no hablaba nunca y al que se resignaba como verdadera cristiana». Ultimamente, añadió diciendo al vicario que «cuantos mas años permanecía á su lado, mejor apreciaba y reconocía los tesoros de su excelente carácter».

El abate Birotteau salió de allí confundido. En la fatal

necesidad en que se encontraba de no poder confiarse á nadie, el buen hombre juzgó por sí á la señorita Gamard, y creyó que alejándose por unos cuantos días podría extinguir el odio que le manifestaba la solterona. En su consecuencia, resolvió ir á pasar algunos días á una casa de campo adonde la señora de Listomere acostumbraba á ir á fines del otoño, época en que el cielo está ordinariamente despejado y puro en Turena. ¡Pobre hombre! De aquel modo satisfacía precisamente los secretos votos de su terrible enemiga, cuyos proyectos sólo podían ser destruidos con una paciencia de monje; pero, no adivinando nada, no sabiendo resolver sus propios asuntos, tenía que sucumbir como un cordero al primer golpe de leño.

Situada en la calzada que existe entre la villa de Tours y las alturas de San Jorge, expuesta al Mediodía y rodeada de rocas, la propiedad de la señora de Listomere proporcionaba las distracciones del campo y todos los placeres de la villa. En efecto, no se necesitaban más de diez minutos para ir desde el puente de Tours á la puerta de aquella casa, denominada la *Golondrina*, preciosa ventaja en un país donde nadie quiere molestarse por nada, ni siquiera para buscar un placer. El cura Birotteau estaba en la *Golondrina* hacía algunos días, cuando una mañana, á la hora de almorzar, se presentó el conserje á decirle que el señor Carón deseaba hablarle. Este señor era el abogado de la señorita Gamard. Birotteau, que no se acordaba ya de su patrona y que no sabía que tuviese que litigar nada con nadie, dejó la mesa con una especie de ansiedad para ir á ver al abogado, al cual encontró modestamente sentado en la balaustrada de una terraza.

—Habiéndose hecho evidente su intención de no vivir ya más en casa de la señorita Gamard...—dijo el hombre de negocios.

—¡Eh! caballero, yo no he pensado nunca en dejarla.

—Sin embargo, señor mío—repuso el abogado,—alguna explicación habrá usted tenido respecto á este punto con la señorita, cuando ésta me envía á fin de saber si piensa usted permanecer mucho tiempo en el campo. No

estando previsto en el contrato el caso de una larga ausencia, ésta puede dar lugar á un litigio, y la señorita Gamard, entendiendo que su hospedaje...

—Señor mío—dijo Birotteau sorprendido é interrumpiendo de nuevo al abogado,—yo no creía que fuese necesario emplear vías casi judiciales para...

—La señorita Gamard, que quiere prevenir toda dificultad, me ha enviado para que me entienda directamente con usted.

—Bueno, pues entonces, si quiere usted tener la amabilidad de volver mañana—repuso el cura Birotteau,—ya habré consultado por mi parte y podremos hablar.

—Está bien—dijo Carón saludando.

Y se marchó. El pobre vicario, asustado de la persistencia con que la señorita Gamard le perseguía, entró en el comedor de la señora de Listomere con espantada cara. Al verle, todo el mundo le preguntó:

—¿Qué le pasa á usted, señor Birotteau?

El cura, desolado, estaba tan preocupado con las vagas imágenes de su desgracia, que se sentó sin responder; pero después de almorzar, cuando algunos de sus amigos estuvieron en el salón ante un buen fuego, Birotteau les contó sencillamente los detalles de su aventura. Sus auditores, que empezaban á aburrirse de estar en el campo, se interesaron vivamente en aquella intriga tan en armonía con la vida provinciana, y todos se pusieron de parte del cura y en contra de la solterona.

—¡Cómo!—le dijo la señora de Listomere.—¿No ve usted claramente que el abate Troubert quiere su habitación?

Aquí, el historiador tendría derecho á hacer el retrato de esta dama; pero ha pensado que aquellos que conocen el sistema de *cognomología* de Sterne, no podrían pronunciar estas tres palabras: SEÑORA DE LISTOMERE, sin imaginársela noble, digna, atemperando los rigores de la piedad con la antigua elegancia de las costumbres monárquicas y clásicas, de modales distinguidos, buena, pero un poco arrugada, un tanto gangosa, permitiéndose la lec-

tura de la *Nueva Elotsa*, la comedia, y peinándose aún cabellos.

—¡Cómo! ¿ha de ceder el abate Birotteau ante esa vieja cargante?—exclamó el señor de Listomere, teniente de navío que estaba con licencia en casa de su tía.—Si el vicario quiere seguir mis consejos, pronto habrá conquistado su tranquilidad.

En fin, cada uno se puso á analizar las acciones de la señorita Gamard con la perspicacia propia de los provincianos, á los que es imposible negar el talento de saber descubrir los motivos más secretos de las acciones humanas.

—No han caído ustedes en el *quid*—dijo un anciano propietario que conocía el país.—Hay en eso algo grave que yo no he adivinado aún. El abate Troubert es demasiado profundo para ser adivinado tan pronto. Nuestro querido amigo Birotteau sólo está empezando su calvario. ¿Creen ustedes que le dejarían en paz cediendo su habitación á Troubert? Mucho me temo que no. Si Carón ha venido á decirle á usted—añadió encarándose con el sacerdote—que tenía usted intención de dejar á la señorita Gamard, es porque ésta intenta echarle á usted de su casa... y me parece que tendrá usted que marcharse de grado ó por fuerza. Esas gentes no aventuran nunca nada, y sólo van á tiro seguro.

Este noble anciano, llamado el señor Bourbonne, resumía todas las ideas de la provincia tan completamente como resumió Voltaire el espíritu de su época. Este anciano, seco y delgado, profesaba en indumentaria toda la indiferencia de un propietario cuyos bienes territoriales están acotados en el departamento. Su cara, curtida por el sol de Turena, respiraba más bien astucia que talento. Acostumbrado á pesar sus palabras y á combinar sus acciones, ocultaba su profunda circunspección bajo una sencillez engañosa. Así es que la más ligera observación bastaba para ver que, semejante á un aldeano normando, llevaba siempre ventaja en todos sus negocios. Era hombre muy fuerte en analogía, ciencia favorita de los ture-

neses, y había sabido extender las praderas de una de sus propiedades á costa de los aluviones del Loire evitando todo pleito con el Estado; haciéndole pasar esta jugada por hombre de talento. Si encantado con la conversación del señor de Bourbonne, le hubieseis preguntado su historia á algún turenés: «¡Oh! *jes un hombre muy largo!* os contestarían los que le envidiaban, que eran muchos, pues en Turena, la envidia forma, como en la mayor parte de las provincias, *el fondo de la lengua.*

La observación del señor de Bourbonne ocasionó momentáneamente un silencio durante el cual las personas que componían aquella reunión parecieron reflexionar. Cuando estaban en esto, fué anunciada la señorita Salomé de Villenoix. Animada por el deseo de ser útil á Birotteau, llegaba de Tours, y las noticias que llevaba cambiaron por completo la faz de este asunto. En el momento de su llegada, todo el mundo, excepto el propietario, aconsejaba á Birotteau que pelease contra Troubert y la Gamard, bajo los auspicios de la sociedad aristocrática que debía protegerle.

—El vicario general, que estaba encargado del negociado del personal, acaba de caer enfermo, y el arzobispo ha nombrado para sustituirle al señor Troubert—dijo la señorita Salomé.—De suerte que ahora el nombramiento para la canongía depende enteramente de él. Ayer, en casa de la señorita de la Blottiere, el abate Poirel habló de las molestias que el señor Birotteau causaba á la señorita Gamard en el sentido de justificar la desgracia que ha de herir á nuestro buen vicario. «El señor Birotteau es un hombre al que el canónigo Chapeloud era muy necesario—decía él,—y desde la muerte de este virtuoso sacerdote, está probado que...» Las hipótesis y las calumnias se sucedieron. ¿Comprenden ustedes?

—Troubert será vicario general—dijo solemnemente el señor de Bourbonne.

—¡Vamos á ver!—exclamó la señora de Listomere mirando á Birotteau—¿qué prefiere usted, ser canónigo ó seguir en casa de la señorita Gamard?

—¡Ser canónigo!—exclamaron todos.

—Pues bien—repuso la señora de Listomere,—hay que dejar que salgan con la suya el cura Troubert y la señorita Gamard. ¿No le dan á usted á entender indirectamente con la visita de Carón que si consiente en dejar la casa será usted canónigo? Pues toma y daca.

Todo el mundo celebró la astucia y la sagacidad de la señora de Listomere, excepto su sobrino el barón, el cual dijo con tono cómico al señor de Bourbonne:

—Me hubiera gustado ver el combate entre la Gamard y Birotteau.

Pero desgraciadamente para el vicario, las fuerzas no eran iguales entre las gentes de su bando y la solterona sostenida por el abate Troubert. Pronto llegó un momento en que la lucha debía dibujarse más francamente, agrandarse y tomar enormes proporciones. Por consejo de la señora de Listomere y de la mayor parte de sus contertulios, que empezaban á interesarse por aquella intriga nacida de pronto en medio de la tranquilidad de la vida de provincias, se mandó un criado á casa del señor Carón. Este hombre de negocios volvió con notable celeridad, que sólo asustó al señor de Bourbonne.

—Aplacemos toda decisión hasta más adelante—dijo este Fabio con bata de casa, al que profundas reflexiones revelaban las elevadas combinaciones del tablero turenés.

El propietario quiso comunicar á Birotteau los peligros de su posición; pero la prudencia del *viejo zorro* no acariciaba las pasiones momentáneas, y apenas fué escuchado. La conferencia entre el abogado y Birotteau duró muy poco. El vicario entró muy asustado, diciendo:

—Me pide un escrito en que yo haga constar mi retractación.

—¡Cómo!—dijo el teniente de navío.

—¿Qué significa eso?—exclamó la señora de Listomere.

—Eso significa sencillamente que el cura debe declarar que desea abandonar la casa de la señorita Gamard—respondió el señor Bourbonne tomando un polvo de tabaco.

—¿No es más que eso? pues firme usted—dijo la señora

Listomere mirando á Birotteau.—Si está usted decidido seriamente á salir de su casa no hay ningún inconveniente en que haga usted constar su voluntad...

¡La voluntad de Birotteau!

—La cosa es justa—dijo el señor de Bourbonne cerrando la tabaquera con un gesto seco, cuya significación es imposible expresar porque encerraba todo un discurso.—Pero siempre es peligroso escribir—añadió colocando la tabaquera en la chimenea con aire que debía asustar al vicario.

Birotteau se encontraba tan atontado con el trastorno de todas sus ideas, con la rapidez de los acontecimientos que lo cogían sin defensa y con la sencillez con que sus amigos trataban los asuntos más importantes de su vida solitaria, que permanecía inmóvil y como alejado de este mundo, sin pensar en nada, pero escuchando y procurando comprender el sentido de las rápidas palabras que todo el mundo prodigaba. El buen cura tomó el escrito del señor de Carón y lo leyó como si el documento del abogado fuese á ser objeto de su atención; pero aquel movimiento fué maquinal, y acabó por firmarlo, reconociendo que renunciaba voluntariamente á vivir en casa de la señorita Gamard y que se ajustaba en todo al contrato hecho entre ellos. Cuando el vicario acabó de firmar, el señor Carón tomó el acta y le preguntó á qué sitio debían llevarse las cosas que le pertenecían. Birotteau indicó la casa de la señora de Listomere. Mediante una seña, esta dama consintió en recibir al cura por algunos días, no dudando que en breve sería nombrado canónigo. El anciano propietario quiso ver aquella acta de renuncia, y el señor Carón se la entregó.

—¡Cómo! ¿existe entre usted y la señorita Gamard un contrato secreto? ¿dónde está? ¿qué estipulan ustedes en él?—preguntó Bourbonne al vicario después de haber leído el documento.

—El acta la tengo en casa—respondió Birotteau.

—¿Conoce usted su contenido?—preguntó el propietario al abogado.

—No, señor—dijo de nuevo Carón extendiendo la mano para tomar de nuevo el fatal papel.

—¡Ah!—se dijo para sus adentros el anciano propietario,—tú, señor abogado, conoces indudablemente el contenido de esa acta; pero no quieres decírmelo.

Y el señor Bourbonne entregó la renuncia al abogado.

—¿Dónde voy á poner todos mis muebles?—exclamó Birotteau.—¿Y mis libros, mi hermosa biblioteca, mis magníficos cuadros, mi salón rojo, en una palabra, todo mi mobiliario?

Y la desesperación del pobre hombre, que se encontraba, por decirlo así, trasplantado, tenía un no sé qué de sencillo y demostraba tan claramente la pureza de sus costumbres y su ignorancia de las cosas del mundo, que la señora de Listomere y la señorita Salomé le dijeron para consolarle, empleando el tono que usan las madres cuando prometen un juguete á sus hijos:

—¿Va usted á apurarse por esas tonterías? Ya le encontraremos una casa menos fría y menos oscura que la de la señorita Gamard. Y si no encontramos habitación que le agrade, una ú otra le tomaría á usted por inquilino. Vamos, juguemos un chaquete. Mañana irá usted á ver al señor abate Troubert para pedirle su apoyo, y ya verá usted qué bien le recibe.

Las gentes débiles se asustan y se tranquilizan con la misma facilidad. El pobre Birotteau, deslumbrado por la perspectiva de vivir en casa de la señora de Listomere, olvidó la consumada ruina de la dicha que había deseado tanto tiempo, y de la que tan deliciosamente había gozado; pero por la noche, antes de dormirse, transido por el dolor propio de un hombre para quien las molestias de un traslado y de nuevas costumbres eran el fin del mundo, se devanó los sesos buscando un sitio tan á propósito para su biblioteca como lo era la galería. Viendo sus libros errantes, sus muebles trasladados y su hogar en desorden, se preguntaba mil veces por qué había sido tan grato el primer año pasado, en casa de la señorita Gamard y tan cruel el segundo, y su aventura acababa por resultarle un

pozo sin fondo donde su razón se perdía. La canongía no le parecía una compensación suficiente para tantas desgracias, y comparaba su vida á una media que, rota por un sitio, acaba de desgarrarse por completo. Le quedaba la señorita Salomé; pero al perder sus antiguas ilusiones, el pobre sacerdote no se atrevía á creer ya en una amistad reciente.

En la *citta dolente* de las solteronas existen muchas, sobre todo en Francia, cuya vida es un sacrificio hecho notablemente y á diario por elevados sentimientos. Las unas permanecen fieles á un corazón que la muerte les ha arrebatado: mártires del amor, éstas encuentran el secreto de atraer mujeres para el alma. Otras obedecen á un orgullo de familia, que, para vergüenza nuestra, va decayendo de día en día, y se sacrifican por la fortuna de un hermano ó por unos sobrinos huérfanos: éstas se hacen madres permaneciendo vírgenes. Estas solteronas alcanzan el más alto grado de egoísmo en su sexo, consagrando todos los sentimientos femeninos al culto de la desgracia. Idealizan la figura de la mujer renunciando á las recompensas de su destino y no aceptando más que las penas: viven rodeadas del resplandor de su sacrificio, y los hombres inclinan respetuosamente la cabeza ante sus marchitas facciones. La señorita de Sombreuil no fué casada ni soltera; fué y será siempre una poesía animada. La señorita Salomé pertenecía á esta clase de criaturas heroicas. Su abnegación era religiosamente sublime porque carecía de gloria, después de haber sido su sufrimiento diario. Hermosa y joven, fué amada y amó, y su futuro perdió la razón. Durante cinco años consagróse con el valor del amor á la dicha mecánica de aquel desgraciado, á cuya locura llegó á adaptarse tan bien que acabó por no creerle loco. Esta joven era, por lo demás, persona de modales sencillos, franca y rotunda de un rostro que, á pesar de su palidez y de la regularidad de sus facciones, no carecía de expresión. No hablaba nunca de los acontecimientos de su vida, y únicamente los estremecimientos repentinos que se le escapaban al oír el relato de una aventura espantosa ó triste revela-

ban las hermosas cualidades que los grandes dolores habían desarrollado en ella. Después de haber perdido al compañero de su vida, había ido á vivir á Tours, donde no podía ser apreciada en su justo valor, y pasaba por una *buen persona*. Hacía mucho bien é intimaba por gusto con los seres débiles, siendo esta la causa de que el pobre vicario le hubiese inspirado un profundo interés.

La señorita de Villenoix, que iba á la villa muy de mañana, se llevó consigo á Birotteau, le acompañó hasta la catedral, y lo dejó encaminándose hacia el claustro, adonde el buen cura tenía gran deseo de llegar para salvar al menos del naufragio la canongía y para vigilar el traslado de su mobiliario. No sin sentir violentas palpitaciones de corazón llamó á la puerta de aquella casa, adonde acostumbra á ir hacía catorce meses y de donde estaba deserrado para siempre, después de haber pensado morir allí en paz, á imitación de su amigo Chapeloud. Mariana quedó sorprendida al ver al vicario. Éste le dijo que iba á hablar con el abate Troubert, y se dirigió al piso bajo, donde vivía el canónigo; pero Mariana le gritó:

—Señor vicario, el señor Troubert no está ahí ya. Ocupa la antigua habitación de usted.

Estas palabras causaron una espantosa sorpresa al vicario, que comprendió al fin el carácter de Troubert y la profundidad de una venganza tan lentamente calculada al encontrarlo establecido en la biblioteca de Chapeloud sentado en el hermoso sofá gótico de Chapeloud, acostándose, sin duda, en la cama de Chapeloud, gozando de los muebles de Chapeloud, anulando el testamento de Chapeloud, y desheredando, en fin, al amigo de aquel Chapeloud, que tanto tiempo le había tenido reducido á la casa de la señorita Gamard, prohibiéndole todo ascenso y cerrándole los salones de Tours. ¿Por qué golpe de varita mágica se había operado aquella metamorfosis? ¿No pertenecía todo aquello á Birotteau? Verdaderamente, al ver el aire sardónico con que Troubert contemplaba aquella biblioteca, el pobre Birotteau juzgó que el futuro vicario general estaba seguro de poseer siempre los despojos de aquellos á quienes

les tan cruelmente había odiado: á Chapeloud como enemigo, y á Birotteau porque había sucedido á Chapeloud. Al ver aquello, mil ideas acudieron á la mente y al corazón del buen hombre, sumiéndole en una especie de sueño, y permaneció inmóvil y como fascinado por los ojos de Troubert, que le miraban fijamente.

—Señor, supongo que no intentará usted privarme de las cosas que me pertenecen—dijo al fin Birotteau.—Si la señorita Gamard estaba impaciente por darle á usted mejor alojamiento, debió al menos esperar á que yo tuviese tiempo de reconocer mis libros y llevarme los muebles.

—Señor—dijo fríamente el abate Troubert sin que su rostro diese pruebas de ninguna clase de emoción,—la señorita Gamard me comunicó ayer su partida, cuya causa ignoro aún, y si me instaló aquí fué por necesidad, toda vez que el señor Poirel ha tomado mi habitación. Ignoro si las cosas que están en esta habitación pertenecen ó no á la señorita; pero si son de usted, ya conoce su buena fe, y la santidad de su vida es una garantía de su probidad. Respecto á mí, ya conoce usted la sencillez de mis costumbres. He vivido por espacio de quince años en una habitación desnuda, sin hacer caso de la humedad, que acabó por matarme. Sin embargo, si quisiese usted habitar de nuevo esta habitación, yo se la cedería con mucho gusto.

Al oír estas terribles palabras, Birotteau olvidó el asunto de la canongía y bajó con la rapidez de un joven á buscar á la señorita Gamard, y como la hubiese encontrado en el descansillo del piso bajo, le dijo, saludándola sin hacer caso de la sonrisa agriamente burlona que contraía sus labios, ni del extraordinario brillo que comunicaba á sus ojos la ferocidad de los del tigre:

—Señorita, no me explico cómo no esperó usted á que me llevase mis muebles para...

—¿Qué?—le dijo la solterona interrumpiéndole.—¿Acaso le envié ya todo lo suyo á casa de la señora de Listonere?

—Pero ¿y mi mobiliario?

—¿Acaso ignora usted las condiciones del contrato?— dijo la solterona con un tono que sería preciso escribir con música para comprender los múltiples matices que el odio supo comunicar al acento de cada palabra.

Y la señorita Gamard pareció crecer, y sus ojos brillaron de nuevo, y su rostro respiró alegría, y toda su persona se estremeció de placer. El abate Troubert abrió una ventana para ver más claramente un libro, y Birotteau quedó como herido por un rayo. La señorita Gamard le molía los oídos con una voz tan clara como el sonido de una trompeta, con las siguientes frases:

—¿No quedó convenido, en el caso de que usted saliese de mi casa, que su mobiliario pasaría á mi poder para indemnizarme de la diferencia que existía entre su cuota de hospedaje y la que me pagaba el respetable señor Chapeloud? Ahora bien, como el señor Poirel ha sido nombrado canónico...

Al oír estas palabras, Birotteau se inclinó débilmente como para despedirse de la solterona, y después salió disparado, pues permaneciendo allí más tiempo temía caer desfallecido y proporcionar así un triunfo mayor á sus implacables enemigos. Marchando cual un hombre ebrio, el buen cura llegó á casa de la señora de Listomere, y en una sala baja encontró su ropa interior, sus hábitos y sus papeles metidos en una maleta. Al ver los despojos de su mobiliario, el desgraciado sacerdote se sentó y ocultó su rostro entre las manos para tapar al mundo su llanto. ¡El abate Poirel era canónico! ¡Él, Birotteau, se veía sin asilo, sin fortuna y sin mobiliario! Afortunadamente, la señorita Salomé acertó á pasar en coche, y el conserje de la casa, que comprendió la desesperación del pobre hombre, hizo una seña al cochero, y después de algunas palabras cambiadas entre la solterona y aquél, el vicario se dejó conducir medio muerto al lado de su pobre amiga, á la que sólo pudo decir palabras sin ilación. La señorita Salomé, asustada del trastorno momentáneo de una cabeza tan débil ya de por sí, le llevó en el acto á la *Golondrina*,

atribuyendo aquel principio de enajenación mental al efecto que debió producirle el nombramiento del abate Poirel. Ella ignoraba el contrato del sacerdote con la señorita Gamard, por la sencilla razón de que él lo ignoraba también, y como en la naturaleza lo cómico se encuentra mezclado con las cosas más patéticas, las extrañas respuestas de Birotteau hicieron casi sonreír á la señorita Salomé.

—¡Chapeloud tenía razón!—decía el vicario.—¡Es un monstruo!

—¿Quién?—le preguntaba ella.

—Chapeloud. ¡Me lo ha robado todo!

—¿Quién, Poirel?

—No, Troubert.

Por fin llegaron á la *Golondrina*, donde los amigos del sacerdote le prodigaron tan minuciosos cuidados, que por la noche estaba ya calmado y pudieron obtener de él el relato de lo que había pasado por la mañana.

Como es natural, el flemático propietario pidió ver el acta, que desde la vispera le pareció que debía contener la solución del enigma. Birotteau sacó el fatal papel timbrado de su bolsillo y se lo tendió al señor Bourbonne, que lo leyó rápidamente, y no tardó en llegar á una cláusula concebida en estos términos:

«Como existe una diferencia de ochocientos francos anuales entre la pensión que pagaba el señor Chapeloud y aquella por la que la dicha Sofía Gamard consiente en tomar en su casa mediante las condiciones anteriormente estipuladas al dicho señor Birotteau; teniendo en cuenta que el infrascrito Francisco Birotteau reconoce no estar en situación de pagar durante varios años el precio pagado por los huéspedes de la señorita Gamard, y especialmente por el abate Troubert, y, finalmente, considerando los diversos anticipos hechos por la dicha Sofía Gamard infrascrita, el dicho Birotteau se compromete á dejarle á título de indemnización el mobiliario que posea á su fallecimiento ó cuando por cualquier causa llegase á dejar voluntariamente y en cualquier época del año las habitaciones que le son alquiladas